Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

9 El concepto de aniquilamiento



Suplemento especial de
Página/12

LAS VEINTE VERDADES

El 21 de junio de 1973, al día siguiente de la masacre de Ezeiza, Perón da un célebre discurso en el que declara inaugurada la "etapa dogmática" del peronismo. Era una clara opción en favor de los que hacían de la *patria peronista* su bandera contra los de la *patria socialista*. En ese discurso (y es, ahora, a esto a lo que apuntamos) Perón –que busca congelarlo todo para frenar la dinámica política y movilizadora de su ala izquierda– habrá de referirse a las famosas y muy olvidadas "veinte verdades justicialistas". ¿Quién se acordaba de ese catecismo de museo? ¿Cuándo el líder revolucionario madrileño que decía que con el Che había muerto "el mejor de los nuestros", que la violencia de abajo es consecuencia de la violencia de arriba, que al enemigo ni justicia, que el hambre es violencia y que esto lo arreglan los jóvenes o no lo arregla nadie, se había ocupado de hablar de esa charlatanería del pasado, del viejo peronismo, el que todos, y sobre todo Perón, habíamos dejado atrás? Pero no. Impávido, seguro, prepotente, el líder dice: "Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen". ¿Qué eran las veinte verdades, quién las conocía? Cuando llegué a la Facultad, a eso de las 4 de la tarde, ya una agrupación había hecho un colgante con las "veinte verdades". Serían de Guardia de Hierro o de los Demetrios, el "peronismo mogólico" como se les decía. Pero se sabían las "veinte verdades", sabían dónde encontrarlas y ahí estaban ellos: mostrando en su orgulloso colgante el "nuevo" credo. Al diablo con el socialismo nacional, la actualización doctrinaria y el trasvasamiento generacional. Ahora, apréndanse las "veinte verdades", imberbes. Un pibe que se llamaba Ernesto y que era de una organización de la "tendencia", no bien me vio me preguntó dónde estaban. Todavía lo veo: Ernesto era jovencito, tenía cejas muy pobladas, era muy serio y conducía a los suyos con eficacia. Esa tarde estaba desesperado. Todo lo que dijo fue patético, ya que revelaba las sorpresas que la Tendencia empezó a pegarse con Perón no bien el "león herbívoro" aterrizó en la patria –ahora *peronista*– que lo recibía en medio de los tiros, la furia y el miedo. "Che, José", me dice. "¿Vos sabés qué son las 'veinte verdades'? Decime: ¿qué mierda son las 'veinte verdades'?" Acaso una historia de la Juventud Peronista podría escribirse con este título: *¿Qué mierda son las veinte verdades?* Estaban por todas partes. Pero estaban en los viejos libros del justicialismo. En el viejo pasado que los jóvenes –aun bajo la conducción del líder revolucionario, del amado por la clase obrera– habíamos venido a "actualizar". Nada. Nadie tenía nada de eso. Ni un libro de lectura de la época. Recordé, sin embargo, que en *La fuerza es el derecho de las bestias*, Perón las transcribía. Al rato había un nuevo colgante. Un colgante de la izquierda revolucionaria con las "veinte verdades". Pero, ¿eso íbamos a hacer? ¿Plegarnos a cualquier cosa que el Viejo dijera? Por el momento, sí. ¿Veinte verdades? Veinte verdades, general.

Las veinte verdades fueron leídas por Perón, desde "su" balcón de la Casa Rosada, el 17 de octubre de 1950. Parecieran ser un fruto tardío del peronismo. Venían a decir cosas que Perón venía diciendo desde los lejanos años de 1943. Si en 1950 parecían un fruto tardío, en 1973 parecieron un fruto podrido o una tontería trasnochada sólo traída a flote para frenar el vértigo de la militancia, a bajar banderas, a abrirles paso a los ortodoxos. Eran, con total precisión, eso. "Los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro movimiento (...) Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen." Veamos, ¿qué decían? Se trataba de un ideario popular, nacionalista, cristiano, estatista y entregaba algunas consignas para manejarse dentro del movimiento. La democracia estaba al servicio del Pueblo (siempre escrito con mayúsculas) y defendía sólo su interés. El justicialismo es popular y todo círculo político es antipopular, por consiguiente no es justicialista. El justicialismo reconoce una sola clase de hombres: los que trabajan. Según recuerdo de mi larga infancia de "niño privilegiado", esta "verdad", la de reconocer sólo como hombres a los trabajadores, incomodaba a las clases medias. "¿Cómo? ¿Y nosotros no trabajamos?", era la queja. Algo que entrega un elemento certero: Perón siempre se dirigía a los trabajadores. Aun cuando le hablara al "Pueblo", su interlocutor era el pueblo trabajador de la nación. Esto mantenía siempre vigente, siempre en pie las divisiones en las que persistió el movimiento: pueblo/antipueblo, patria/antipatria, leales/contreras, peronistas/antiperonistas. O sea, amigo/enemigo al más puro estilo Carl Schmitt. La cuestión es densa. No se marcan inocentemente antagonismos tan fuertes. La oligarquía argentina había grabado a sangre y fuego el más poderoso de todos: Civilización/Barbarie. Pero los del peronismo se extendían a otros enfrentamientos.

Decir "La vida por Perón" era decir "Perón o muerte". Y éste es un antagonismo que ya señala la posibilidad cercana de la guerra, de la violencia. "Los conceptos de amigo, enemigo y lucha (escribe Carl Schmitt) adquieren su sentido real por el hecho de que están y se mantienen en conexión con la posibilidad real de *matar físicamente*. La guerra procede de la ene-

mistad, ya que ésta es una negación óntica de un ser distinto. La guerra no es sino la realización extrema de la enemistad. No necesita ser nada cotidiano ni normal, ni hace falta sentirlo como algo ideal o deseable, pero tiene desde luego que estar dado como posibilidad efectiva si es que el concepto del enemigo ha de tener algún sentido" (Schmitt, *ob. cit.*, p. 63. Bastardillas mías). Se trata de un texto luminoso: no bien se plantea un antagonismo en que uno de los dos elementos antagonizados sea entendido por el otro como *enemigo* y viceversa lo que se ha planteado es la guerra y, con ella, "la posibilidad real de matar físicamente". De aquí que la verdad Nº 7, que establece que para un peronista no puede haber nada mejor que otro peronista, sea modificada por el Perón del '73. Aquí, ya que a él le interesaba, no regía la "etapa dogmática". Si el líder decidía cambiar, se cambiaba. Perón advierte lo que señala Schmitt: si para un peronista no puede haber nada mejor que otro peronista, queda todo un sector de la sociedad enfrentado al peronismo. No hay un esquema amigo/enemigo fuerte, pero hay un reconocimiento de segundo grado. Primero reconozco a los peronistas: ellos, para mí que lo soy, son los mejores. Los demás, no sé. Sobre ellos cae la sombra de una sospecha. Pues si fueran decididamente buenos serían peronistas. Por consiguiente, lo mejor para mí. Pero no lo son. ¿Por qué? No puedo saberlo, o sí. Pero lo que sé es que, al no ser peronistas, no pueden ser "lo mejor" para mí. Perón, en el '73, tiene que cambiar. Quiere aglutinar a toda la sociedad tras su proyecto y no quiere que nadie, por no ser peronista, se sienta excluido. De aquí la nueva formulación de la séptima verdad: "Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino". Es el Perón que plantea un único antagonismo: el que se produce entre el tiempo y la sangre. Volveremos sobre esto, pero digamos que ésta es la formulación más densa, más tramada del Perón del '73. La que dice: venimos de la primacía de la sangre, ahora es la del tiempo. Otra de las caras que llevó a la tragedia es la respuesta sincera que muchos dieron a ese encuadre: "Corrió demasiada sangre. Ya no nos queda tiempo". O también: "Corrió mucha sangre como para que ahora nos pidan tiempo". Toda la tragedia que se desarrolla desde 1955 a 1976 radica en la imbecilidad gorila. Si no hubiese sido tan difícil traer a Perón, si no hubieran sido necesarias tantas luchas, tantas vidas, tanta sangre, acaso se hubiera podido frenar el desastre.

EL ODIO GORILA

Lo que Perón no pudo frenar en el '73 no es (como le reprochan sus enemigos) lo que él desató. Es lo que desató el odio gorila. Perón, es cierto, alentó a las formaciones especiales, a la violencia. Tiene su responsabilidad en eso. Pero a la guerrilla la creó la necedad del país antiperonista. La torpeza miserable, clasista, racista, antidemocrática y represiva de la oligarquía, del empresariado, del catolicismo y del Ejército. ¡Si hasta el santo viejito Illia, el intocado de nuestra historia, tiene una enorme responsabilidad en esto! ¿Por qué no se jugó por la Ley, por la Justicia, por la Libertad, por el Derecho y dejó que Perón retornara en 1964? Vamos a darle la palabra a una honesta, seria historiadora radical: "En noviembre del '64, cuando todavía no se habían extinguido los ecos del Plan de Lucha, el gobierno de Illia enfrentó otro grave problema: el día 12 se anunció que Perón, Jorge Antonio, Vandor, Framini y Delia Parodi habían tomado pasaje en Madrid y se dirigían a Buenos Aires en un vuelo de Iberia. La opinión nacional se dividió en peronistas deseosos de reencontrarse con su líder y antiperonistas para quienes se corporizaba el fantasma del regreso de Perón. En los últimos meses había recrudecido la campaña 'Perón Vuelve', cuya sigla 'PV' se escribía con tiza en las paredes de los barrios. La marcha peronista cantada insistentemente en las tribunas populares de los estadios de fútbol señalaba que el recuerdo de Perón estaba vivo (...). El retorno de Perón se frustró en Río de Janeiro a pedido de la Cancillería argentina" (María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 611). ¿Quién estaba al frente de la Cancillería argentina? O mejor: ¿pertenecía esa Cancillería al gobierno del doctor Illia? Entonces el buenazo del doctor Illia impidió un regreso que habría salvado infinidad de vidas en este país. Por decirlo todo, si Perón hubiese podido regresar en 1964, Aramburu no moría. Salvo de un infarto, de un cáncer o de un resfrío mal curado. No veo, con sinceridad, qué cosas peores habrían podido sucederle al país si se le permitía a Perón regresar en esa fecha, cuando, indudablemente, lo intentó. Pero se le temía. "El fantasma del regreso de Perón." Lo que era una esperanza para los peronistas era una pesadilla para los antiperonistas. ¿Qué era lo que se temía? Estaba ahí: en los estadios de fútbol. En los sectores populares que cantaban, con furia, la marcha peronista. Para mal o para bien, nadie despertó tanto el fervor popular en este país como Perón. Y esto horroriza a los militares, a la Iglesia ("¡nos roban al pueblo!") y a la oligarquía ("¡otra vez los negros!"). Esas muchedumbres de los estadios eran la verificación de algo: si Perón volvía a la Argentina podría presentarse a elecciones, arrasando. *Aceptar el regreso de Perón era aceptar entregarle el país*. ¿Cómo no lo iban a parar los radicales en Río de Janeiro? Si no lo hacían, los echaban a patadas. ¿O quiénes se creían que eran? ¿En serio creían que *ellos* gobernaban? El buen viejo Illia debió, sin embargo, jugarse entero. Señores, si yo no gobierno con la ley, no gobierno. Si para gobernar le tengo que prohibir a un argentino su derecho de volver al país, me voy. Debió haber hecho eso. Lo echaron de todos modos. ¿Qué ganó obliterando el regreso del Maldito? Pero una simple, serena reflexión sobre *este* retorno nos lleva a establecer que la imbecilidad, el canallismo, la *verdadera generación de la violencia*, estuvieron *antes* en los gorilas que en Perón o en las formaciones especiales. Frustrado el regreso de 1964, las opciones para forzar el regreso del líder proscripto (del líder popular que las masas reclamaban desde los estadios de fútbol y desde cualquier lugar en que mínimamente se concentraran) debían ser mucho más drásticas. Aquí –*exactamente aquí*– se abre la posibilidad histórica de la muerte de Aramburu. ¿Quiénes abren esta posibilidad? Los que dejan bien claro que para traerlo a Perón va a ser necesario mucho más que un vuelo a través del océano y un aterrizaje en el país. Porque Perón *no puede* volver. Porque *no puede* haber democracia ni la habrá en tanto las masas sigan detrás de Perón asegurando su triunfo en cualquier elección democrática. Los que así pensaron fueron quienes hicieron fuego sobre Aramburu, aunque en última instancia haya sido Fernando Abal Medina quien lo hizo. *Ellos eligieron la sangre*. Perón, en el país, en 1964, no era la sangre. *Era el tiempo*. Una temporalidad sin duda agitada. Y un tiempo en que el peronismo habría vuelto al poder. Con Perón diez años más joven. Sin formaciones guerrilleras en acción. Con militantes duros y políticos dialoguistas. Con el vandorismo. Con lo que sea. Pero, todavía, no daba para la tragedia. Lo que siguió armando la trama final de la tragedia fue la prohibición de Perón. El miedo infame del poder tradicional. La vigencia todavía absoluta del artículo 4161. A Perón, ni nombrarlo. (*Nota:* Se trata del decreto-ley 4161 del 5 de marzo de 1956. Se llamaba: "Prohibición de elementos de afirmación ideológica o de propaganda peronista". Se publicó en el Boletín Oficial del 9 de marzo de 1956. Vamos a citar íntegramente su artículo primero, ya que se trata de una pieza imperdible: Art. 1º Queda prohibida en todo el territorio de la nación: a) La utilización, con fines de afirmación ideológica peronista, efectuada públicamente, o la propaganda peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter, o pudieran ser tenidas por alguien como tales, pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del peronismo. Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones "peronismo", "peronista", " justicialismo", "justicialista", "tercera posición", la abreviatura P, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales "Marcha de los muchachos peronistas" y "Evita capitana", o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa, o fragmentos de los mismos. b) La utilización, por las personas y con los fines establecidos en el inciso anterior, de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina, artículos y obras artísticas que pretendan tal carácter, o pudieran ser tenidas por alguien como tales, creados o por crearse, que de alguna manera cupieran ser referidos a los individuos representativos, organismos o ideología del peronismo. c) La reproducción por las personas y con los fines establecidos en el inciso a), mediante cualquier procedimiento, de las imágenes, símbolos y demás objetos señalados en los dos incisos anteriores.) El miedo a las masas. La jactancia de clase. El racismo. "Somos superiores. Las masas son brutas. Son ignorantes. Perón es un fascista. No volveremos al régimen peronista." O la humorada tan festejada de Borges: "Los peronistas son incorregibles". Bien, desde este preciso instante de la historia en que estamos, noviembre de 1964, el gobierno de Illia prohibiendo (con, desde luego, enormes presiones militares y eclesiásticas y oligárquicas) el regreso de Perón, se podría decir: "Los antiperonistas no son incorregibles, son brutos". Con menos imbecilidad, con algo de inteligencia, con menos odio, con menos miedo, habría corrido mucha menos sangre. No fue Perón el que, engañándola, le hizo creer a la izquierda peronista de los '70 que él era un líder revolucionario. *Fueron los antiperonistas*. Que Perón era lo intragable para el régimen se leía en el odio de los militares, en el odio de la Sociedad Rural, de la Iglesia, de los sectores académicos, del periodismo ilustrado (la *Historia del peronismo* que se escribe en *Primera Plana*, la revista política de elite de los '60, es totalmente gorila), en las clases medias, *en todas partes menos en la clase obrera, en los sectores populares*. ¿Cómo diablos iba a creer la juventud que se preparaba para buscar al sujeto revolucionario en el peronismo y en el maldito, el expulsado Perón, las leyendas satánicas de sus padres? "Era un nazi. Los hermanos Cardozo. Lombilla. El boxeador Lowel. La UES, centro de depravación. Los jefes de manzana. La afiliación obligatoria. La adolescente Nelly Rivas." Pero, sobre todo, lo que los padres gorilas o gorilizados por la impresionante máquina de propaganda antiperonista que se montó a partir de 1955 les decían a sus hijos era: "Fue un nazi". ¿Qué habríamos tenido si los jóvenes de la izquierda peronista hubieran creído en esas letanías de sus padres? La generación-Uki Goñi.

Las restantes verdades peronistas expresaban el ideario del primer peronismo. Perón regresa a ellas en 1973 porque son la garantía de un capitalismo popular, que era lo que buscaba. Y aquí el rechazo del peronismo combativo es unánime. ¿Dieciocho años de lucha para un capitalismo popular? ¿Para darles la manija a los sindicatos conciliadores, amigos de la burguesía? ¿A Gelbard y a la CGE? Acaso sí. Pero era difícil aceptarlo. Los Montoneros hicieron un encuadre típico de su modo de pensar: *cambiamos sangre por poder*. Nosotros pusimos los muertos para que el líder regresara/ nosotros queremos compartir la conducción con el líder. Conducción, conducción/ Montoneros y Perón. Y si no, lucha interna. Asesinato de Rucci.

LOS "APUNTES DE HISTORIA MILITAR"

Apuntes de historia militar es el libro que Perón escribe para sus alumnos de la Escuela de Oficiales. Pretende entregarles una ayuda práctica para que puedan profundizar los conocimientos que adquieren en las clases. En cuanto a la existencia del libro no hay otra cosa que la explique mejor. Se hizo para eso y para eso sirvió. Sin embargo, *tuvo* y *tiene* una vigencia importante en la historia argentina. Toda esa jerga que los peronistas utilizaron acerca de la estrategia y la táctica. Todo el

tema de la conducción y los cuadros auxiliares. La famosa frase del bastón de mariscal que cada soldado debe llevar en su mochila está ahí. Perón habla y sabe de lo que habla. Se trata de un militar culto. De un militar que forma oficiales. De un militar que ha leído a Clausewitz y a los otros principales teóricos de la guerra.

Uno de los conceptos centrales que utiliza Perón, y al que habrá de retornar en el manual de Conducción Política, es el de *economía de fuerzas*. Perón parte de un texto del mariscal Ferdinand Foch (1851-1911). Foch es un mítico militar francés, héroe de la guerra franco-prusiana y director de la Escuela de Guerra francesa entre 1907 y 1911. Cuenta un encuentro entre dos militares. Uno de ellos, casi nada, es Napoleón Bonaparte. El otro es Moreau. Napoleón le dice que desde hace ya tiempo deseaba conocerlo. Moreau no parece sentirse muy orgulloso ante Napoleón, pues su última campaña guerrera no le ha sido favorable. "Llegáis de Egipto victorioso", le dice a Napoleón. "Yo, de Italia, después de una gran derrota" (Mayor de E.M. Juan Perón, *Apuntes de historia militar*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1951, p. 42. La primera edición es de 1932. Hubo otra en 1934. Y esta de 1951 ya es parte del aparato propagandístico del peronismo. A Perón le editaban hasta los estornudos.) Moreau ofrece algunas explicaciones acerca de su derrota y concluye diciendo: "Era imposible que nuestro valiente ejército no fuera abrumado por tanta fuerza reunida. Es siempre el número mayor el que bate al más pequeño". ¡Ah, torpe Moreau, qué tontería has dicho delante de un genio como Napoleón, la pagarás cara! Bonaparte le dice que tiene razón, que es siempre el número mayor el que bate al más pequeño. "Sin embargo, general –dice Moreau–, con pequeños ejércitos habéis batido a grandes." Napoleón dice que es cierto. Pero que aun en esos casos ha sido el *mayor número* el que batió al menor. Crea planteado el problema que asombra a Moreau y que Perón buscará explicar: ¿cómo puede un ejército *inferior en número* vencer a otro superior y precisamente por ser *superior en número*. En suma, cómo es posible ser más que el enemigo cuando se es menos. Más aún: cómo es posible tener más soldados cuando el otro tiene más. Napoleón –su genio militar– tiene la respuesta. Dice: "Cuando con fuerzas inferiores me encontraba en presencia de un gran ejército, concentrando con rapidez el mío, me dejaba caer como un rayo sobre una de sus alas y la desbarataba. Aprovechaba en seguida el desorden, nunca dejaba de producir en el ejército enemigo para atacarlo en otra parte, siempre con todas mis fuerzas. *Lo batía así en detalle* y la victoria que resultaba era siempre, como usted lo ve, el triunfo del mayor número sobre el más pequeño" (*Ibid.*, p. 43. Bastardillas mías). He aquí el *principio de economía de fuerzas*. Se trata de más numeroso en el lugar en que se decide la batalla. "He aquí el arte de la guerra, según Napoleón", dice Perón, cuyo apellido afortunado, que rima con tantas cosas, rima también con el del glorioso cautivo de Santa Elena. Y anota: "He ahí la teoría del arte en su enunciado y la tarea del artista en su ejecución" (*Ibid.*, p. 42). La teoría del arte es el principio de economía de fuerzas. *La tarea del artista –el artista es el conductor– radica en aplicar la teoría*. Según vemos, para los teóricos de la guerra, la guerra es un arte y el conductor es el artista que aplica la normativa de ese arte: la teoría de la guerra. Luego Perón inicia su exposición de Clausewitz. Toma del teórico prusiano su principal concepto (aunque los clausewitzianos traten de negarlo): *El aniquilamiento del enemigo*. Si Clausewitz es o no el teórico del *aniquilamiento* tal vez lo veamos más adelante. Para Perón, lo es. El fin de la acción guerrera es el "aniquilamiento del enemigo" (*Ibid.*, p. 108). "Recalco bien (escribe) esta finalidad y cada uno de los que inicien el estudio de la guerra debe ser guiado por esta premisa. Ella encarna en las operaciones estratégicas el objetivo militar o estratégico. *Sólo el aniquilamiento del enemigo es en la guerra moderna el objetivo que guía a la conducción superior*. El olvido de este objetivo (...) llevó a una deformación de la acción guerrera, hasta que Napoleón los llamó a la realidad con sus operaciones y batallas que tenían un sello de aniquilamiento. Es, pues, la guerra moderna, eminentemente de aniquilamiento" (*Ibid.*, p. 108. Bastardillas mías). Ignoro si el general Justo José de Urquiza había leído a Clausewitz, pero sé que luego de la batalla de *Vences* (o, al menos, no dudo en afirmarlo) aplicó el principio de aniquilamiento del enemigo. Cierto es que eso le valió el incómodo apodo de *El carnicero de Vences*. Ya lo tenía de una batalla anterior: *India Muerta*. Vamos a tomar la narración que hace la historiadora entrerriana Beatriz Bosch, apasionada defensora de Urquiza, en su voluminoso *Urquiza y su tiempo*. Si ustedes me lo preguntan o, de lo contrario, me lo pregunto yo, no coincido con Beatriz Bosch, acaso porque no soy entrerriano. Pero por algo más también. Urquiza fue un militar sanguinario y el más grande traidor a la causa del federalismo. Gran parte de nuestra historia tiene su momento de quiebre en esa retirada miserable de Pavón en la que cede a Mitre la posibilidad de arrasar las provincias. Las decisiones de los individuos forman parte de la trama histórica. Porque Urquiza fue Urquiza nuestro país fue como fue. Pudo haber sido de otro modo. No todo hombre se vende. Buenos Aires tal vez no habría podido comprar a otro general. Si menciono a Urquiza (y si volveré a mencionarlo) es porque a partir de 1973, algo secretamente, se elabora una teoría que une la figura de Urquiza a la Perón: *dos traidores*. Urquiza, al federalismo. Perón, a las ilusiones de izquierda que había apoyado desde su exilio. Incluso David Viñas publica en ese mismo año o en el siguiente una novela que se llama *General muerto* y que establece esa incómoda simetría. Volviendo, ahora, a la teoría del aniquilamiento. Bosch narra el final de batalla de Vences y la tarea de aniquilamiento a que se entregan los hombres de Urquiza y Urquiza mismo. "Aplastante triunfo del ejército federal. Cinco jefes, setenta y un oficiales y mil doscientos cuarenta individuos de tropa quedan prisioneros, según el parte del día siguiente de la victoria. Banderas, estandartes, armas y carruajes integran el copioso trofeo. *Al descalabro sigue la inmediata persecución. Urquiza mismo corre a lo largo de tres leguas a los fugitivos, que buscan los montes*" (Beatriz Bosch, *Urquiza y su tiempo*, Eudeba, Buenos Aires, 1980, p. 119. Bastardillas mías). A continuación la señora Bosch estampa una frase definitiva: "Cruento matiz caracteriza la jornada" (*Ibid.*, p. 120). Urquiza, en Vences, guerrea como hombre de Rosas. Su enemigo es el gobernador Madariaga, hombre de los unitarios. El 23 de diciembre Urquiza dice: "La Justicia Divina no ha permitido que por más tiempo quedasen impunes los horrendos crímenes con que estos malvados han hecho gemir a la humanidad. (¿A la humanidad? Era un conflicto entre Entre Ríos y Corrientes, JPF.) Otros cabecillas empecinados y famosos salteadores también han sido fusilados en los Distritos donde fueron aprendidos, quedando en consecuencia esta Provincia limpia de malvados y sin el más mínimo germen de rebelión" (*Ibid.*, p. 120). Esta última línea de Urquiza es de notable justeza: *sin el más mínimo germen de rebelión*. En suma, la guerra de aniquilamiento persigue que *no quede vivo ni un solo germen de la rebelión que se ha querido sofocar*.

EL CONCEPTO DE "ANIQUILAMIENTO" APLICADO A LA GUERRILLA

Sigue su análisis Perón: se concentra en Clausewitz. Antes, cita una frase de Foch que siempre me resultó más que divertida: "No hay victoria sin batalla". Es posible sacar las frases más disparatadas de este esquema. "No se llega al centro sin tomar el subterráneo." O "no hay resfrío sin bacteria". O "no tendré los pantalones húmedos si no me meo encima". Creo que ésta es la más inspirada, aunque deteriore la seriedad de este texto. Ahora bien, Perón sabe por qué cita la frase de Foch. Y luego lo sabrá cualquier peronista. O cualquier guerrillero. O cualquier revolucionario. "No se toma el poder sin lucha armada." "No se gana una elección sin lograr el apoyo del pueblo." En suma, "no se gana un partido sin jugarlo", sería la expresión futbolera de este axioma del glorioso mariscal Foch. Pero (según dijimos) en quien desea concentrarse Perón es en Clausewitz. Tengamos algo por cierto: Perón leyó atentamente al gran teórico de la guerra y sus *Apuntes de historia militar* son excelentes. Más adelante, en *Conducción política*, dirá, sin más, que pueden aplicarse a la política. Si es así, ¿es entonces el peronismo un movimiento que surge de la aplicación a la política de un manual de *historia militar*? Habrá que responder a esta pregunta.

Clausewitz es implacable. Toda la dureza que se le achaca, toda la inhumanidad que se le reprocha y de la que intentan defenderlo sus apasionados adherentes es real, cierta. Perón cita una de sus frases centrales, o acaso la que vertebra su obra: *"La victoria es el precio de la sangre; debe adoptarse el procedimiento o no hacer la guerra. Todas las consideraciones de humanidad que se pudieran hacer valer os expondrían a ser batidos por un enemigo menos sentimental"*. El comentario que Perón ofrece de este texto es también de gran precisión, de gran contundencia, y si agita algo en quienes lo leemos es porque estamos pensando qué papel habrán jugado estas durísimas concepciones en el Perón político, en todos los "perones" que tuvo el país (el del primer gobierno, el del segundo, el del exilio, el del regreso, etc.). "Las guerras (escribe, comentando a Clausewitz) serán cada vez más encarnizadas y en los tiempos que corren sólo el aniquilamiento puede ser el fin. Los medios para conseguirlo pueden variar en forma apreciable , pero la finalidad de la guerra se ha cristalizado en este precepto: *'Aniquilar al enemigo para someterlo a nuestra voluntad'"* (*Ibid.*, p. 130). Lo espinoso de este tema radica en que no es posible imaginar a dirigentes peronistas de primera línea que no conozcan este texto de Perón. No digo los de ahora. Ahora, época en la que el peronismo puede ser cualquier cosa y cualquiera puede ser peronista, ya que el peronismo se define más por su aparato que por alguna ideología (en una época, es cierto, en que así funcionan las cosas: no hay ideas, hay líneas de fuerza), el que se hace peronista ni idea tiene de las veinte verdades o (menos aún) de los *Apuntes de historia militar*. Pero cuando se firma el decreto de "aniquilamiento" de la guerrilla *los peronistas que lo firmaron debían saber que los militares que recibían esa orden, esa orden expresada por esa palabra, sólo podían entender una cosa, ya que conocían los textos prusianos en los que se teorizaba sobre el aniquilamiento como función final de la guerra*. Eso es lo que habían estudiado en las escuelas de guerra. *Todo militar pasa por Clausewitz*. No creo que el general Acdel Vilas –el primero en comandar el *Operativo Independencia* en 1975– no supiera qué significaba "aniquilamiento". No me estoy agarrando de *una palabra*. No es, además, una palabra: es un concepto. El concepto viene de Clausewitz (es el *concepto fundamental* de su poderosa obra *De la guerra*), lo retoma Perón porque sabe que hablar de Clausewitz es hablar del *aniquilamiento* y lo retoma el gobierno de Luder al firmar la orden para liquidar a la guerrilla, *sin que quede vivo ni un solo germen de la rebelión que se pretende sofocar*, por decirlo con las palabras de Urquiza, el carnicero de la batalla de Vences. Esa palabra, en suma, está puesta en ese decreto con clara deliberación, con el completo saber de lo que ella significa. Y –en la práctica del *Operativo Independencia*– significó lo que se proponían que significara quienes la esgrimieron: el aniquilamiento total del enemigo. Hay diferencias y son importantes. Cuando Clausewitz habla de *aniquilamiento* habla de aniquilamiento en batalla y de acuerdo a las leyes de la guerra. Urquiza no: era, justamente, un carnicero porque el aniquilamiento incluyó la persecución feroz del enemigo y la muerte de cientos de hombres indefensos, inermes. Pero, sobre todo, Clausewitz habla de *batallas entre ejércitos, entre ejércitos de distintas naciones*, no de un Ejército persiguiendo a un grupo de civiles armados, connacionales. *Esto no es una guerra*. Además, si Karl von Clausewitz hubiera presenciado las atrocidades que los hombres de Vilas y luego los de Bussi hicieron en el monte tucumano, las habría desaprobado con indignación, asqueado.

PRÓXIMO DOMINGO

Conducción política y economía peronista